

bia sucumbido sino cuando el sistema de ataque de los americanos probó claramente que sufriría los mayores estragos y una mortandad espantosa, sin poder dañar al enemigo, que desde una distancia fuera del alcance de nuestros tiros, arrojaba sobre la ciudad una lluvia de toda clase de proyectiles. Santa-Anna hubiera podido desear una defensa mas obstinada; pero no habia justicia para llamar manchada una conducta noble.

Para esperar al ejército invasor, se escogió definitivamente la posición de Cerro-Gordo, adelante de Jalapa; famosa en tiempo de la insurrección, y mirada por hombres científicos como un punto excelente para hacer la mas esclarecida defensa. A este sitio, como acabamos de ver, llegaron las brigadas del Norte, que habian caminado precipitadamente.

Y pues las tenemos ya en el término de su correría, aunque no en el de sus fatigas ni en el de sus peligros, detengámonos un instante á considerar en su conjunto las penalidades y trabajos que hemos visto en particular. Las tropas de que hablamos habian andado de San Luis á la Angostura 106 leguas; otras tantas de la Angostura á San Luis á la vuelta de la expedición; 190 de San Luis á Cerro-Gordo, es decir, 402 por todas. Las marchas habian sido pesadísimas, las jornadas largas; se habia padecido hambre, sed, frio, viento, enfermedades, peste y miserias: se habia atravesado dos veces el desierto: en dos meses y medio no habia habido descanso; y en esa larga cadena de padecimientos, el primer eslabon era una batalla sangrienta en el Norte; el último fué una derrota desastrosa en el Oriente.



CAPITULO VIII.

POLKOS Y PUROS.

Fuerza es obligar á nuestra pluma á describir, no solo las desgracias de la guerra nacional, sino tambien los escándalos de la discordia civil, siendo en este capítulo tan verídicos como sea posible, y tan severos como exige la narración de un escándalo que juzgamos no se volverá á repetir.

En otro capítulo hemos dicho cómo la gente acomodada, movida acaso por el instinto de su propia conservación, se armó para contraponerse á la chusma en quien el gobierno de D. Valentin Gomez Farías depositaba las armas; chusma propiamente así llamada, pues ni era la tropa de línea sistemada conforme á la rigurosa Ordenanza española, ni era la Guardia Nacional compuesta de ciudadanos inteligentes, laboriosos y honrados. Ahora veremos cómo estos ciudadanos, que tanto habian servido en la capital, faltaron á su deber y perdieron, por aquel momento al ménos, todo el derecho que habian adquirido á la gratitud nacional. Hasta Churubusco y el Molino del Rey no lavaron la fea mancha que empañaba su patriotismo y su tersa reputación como guardias nacionales.

Ya hemos dicho que desde que el congreso nombró presidente de la República al general Santa-Anna y vice-presidente á D. Valentin Gomez Farías, el disgusto fué casi universal, esceptuando, como es

fácil concebir, á los partidarios de ámbos personajes. El clero estaba lleno de terror por las medidas que la administracion podria dictar con respecto á sus riquezas, y el partido moderado hacia la oposicion, favoreciendo, como sucede en casos semejantes, las aspiraciones de los descontentos, aun cuando no fuesen absolutamente conformes con sus ideas. En obsequio de la verdad debemos decir, que el nombramiento del general Santa-Anna no fué tan mal recibido; y como por otra parte, estaba en San Luis enteramente preocupado con la reorganizacion del ejército, la oposicion dirigia sus tiros mas inmediatamente contra la administracion del vice-presidente.

A los pocos dias de instalado el nuevo gobierno, se comenzó á agitar en el congreso la cuestion de manos muertas. El partido puro, unido con el ejecutivo, hizo esfuerzos verdaderamente prodigiosos para aniquilar de raiz el poder del clero, zapándolo en sus fundamentos, es decir, en su riqueza. El partido moderado, cuyo estandarte llevaba D. Mariano Otero en las cámaras, se convirtió en el apoyo del clero, y contrarió los esfuerzos del partido puro con todas las armas parlamentarias de que pudo usar, sin omitir todas aquellas moratorias y chicanas á que se presta el reglamento.

La ley salió por fin; pero no fué la ley franca y terminante de abolir los fueros y de declarar los bienes de manos muertas propiedad de la República, sino una providencia arrancada á la cámara por la mayoría de un partido, y en la cual se echaban de ver á mucha distancia, las concesiones que habia tenido que hacer esa misma mayoría á sus formidables y tenaces opositores. En compendio, se decretó la ocupacion de las rentas eclesiásticas, conminando á los inquilinos con crecidas multas, si no entregaban á los perceptores civiles los arrendamientos que ántes enteraban á los mayordomos y frailes.

Cuando las armas parlamentarias del partido moderado no pudieron servir de nada en tan reñida pelea, el clero apeló á los rayos que la Iglesia tiene reservados para los casos extremos. Se fulminaron excomuniones; se publicaron escritos amenazantes y conminatorios con penas en la otra vida, por el delito de poner la mano en este mundo sobre un dinero que el clero disfruta y gasta, y que segun él, no pertenece mas que á Dios; se aventuró uno que otro eclesiástico algo en el púlpito, y se comenzó tambien á minar secretamente por los

adictos al clero, para formar una conspiracion que derrocara al gobierno; y en esto se hallaban tambien de acuerdo los afectos al partido monarquista.

El oficial mayor de hacienda, Huici, rehusó firmar la ley; y habiendo sido invitadas varias personas para hacerse cargo del ministerio con esa misma y por cierto amarga condicion, lo rehusaron, hasta que se encontró al Lic. D. Antonio Horta, que tomó posesion del empleo de oficial mayor, y se encargó del despacho interino del ministerio de hacienda, llenando perfectamente los deseos del Sr. Farías.—Tambien se nombró en esos dias gobernador del Distrito al jóven D. Juan José Baz, porque el que obtenia este encargo se resistió á publicar el bando. Cualesquiera que sean las aberraciones ó errores en materias políticas de los hombres, siempre es de notar, que en circunstancias dificiles los ancianos egoistas se retiran, y salen los jóvenes á arrostrar los inconvenientes, sin tener en nada ni el presente ni el porvenir.

El general Santa-Anna escribia que deseaba que se le mandaran recursos para su ejército, y nada mas: que en las demas cuestiones, y particularmente en la que tocaba al clero, no trataba de ingerirse, y se limitaba solo á recomendar que no se tocara á los canónigos, ni á la Colegiata de Guadalupe, pues por los unos tenia grande amistad, y por la Virgen gran devocion. Los canónigos se han portado con el general Santa-Anna con la mas negra ingratitud: en cuanto á la Virgen, los piadosos creyentes juzgan que lo ha protegido visiblemente, puesto que despues de tantas aventuras y campañas, se halla sano y salvo en Jamaica gozando de la mejor salud.

El ejecutivo, fijo en su idea de destruir á las manos muertas, proseguia dictando medidas para la ejecucion de la ley, que encontraba en verdad mucha resistencia de parte de los inquilinos, y particularmente si pertenecian al sexo femenino, que en lo general no queria ni tratar con los que llamaba excomulgados.

Fuerza es dar una ligera idea de los elementos que constituian entonces la fuerza del ejecutivo, y de los que formaban la oposicion, para demostrar, que aglomerados muchos de discordia, la guerra civil deberia forzosamente estallar.

D. Valentin Gomez Farías era en México el gefe del ejecutivo. Este personage ha logrado tener la aceptacion de una parte del pue-

blo bajo, á la vez que otra parte de ese mismo pueblo lo detesta. Los frailes le temen, las ancianas lo creen mas herege que Lutero, y la clase acomodada de la sociedad jamas se puede acomodar á su gobierno: así es que, cuando ha tenido la desgracia de subir al poder, ha durado muy poco tiempo, y ha salido de él para ocultarse durante muchos meses en un escondite.

El apoyo que tenia la administracion estribaba en el comandante general D. Pedro Lemus, hombre honrado en el cumplimiento de sus deberes militares, y en parte de los diputados. La fuerza física consistia en algunos cuerpos de Guardia Nacional mal equipados, mal armados y sin ningun órden ni disciplina.

Estos eran los elementos visibles del mal estado político de la época; pero los secretos eran aun mas poderosos, y mencionaremos solo aquellos cuya revelacion nos es posible. El general Basadre, que habia venido de San Luis, se entendia perfectamente con el partido moderado. D. Manuel Gomez Pedraza tenia una frecuente correspondencia, no solo reducida á los asuntos de la política interior, sino aun tambien respecto de las operaciones contra los americanos. Si Santa-Anna obraba con sinceridad, si adoptaba en todo ó en parte las indicaciones de Pedraza, son puntos sobre los que no se podria juzgar con acierto sin poseer la correspondencia de ámbos personajes; pero el hecho es que las tendencias de Santa-Anna eran entónces las de unirse al partido moderado; y si hubiera tenido energía para deshacerse de ciertos hombres, que han especulado con su amistad y con su poder, acaso habria perpetuado su gobierno y hecho la felicidad de la nacion.

El clero, amenazado inminentemente, buscó el apoyo del partido de la oposicion, y á su vez procuró ayudarlo; y la Guardia Nacional llamada de los Polkos, y que en la realidad se componia de la gente acomodada de la ciudad, resolvió no dejarse arrebatar las armas de las manos. El gobierno tuvo la imprudencia de intentar este paso que aceleró su caida. Habia mas, la mayoría del congreso estaba ya casi convenida en arrancar el gobierno de las manos de D. Valentin, y solo se habia detenido este suceso algunos dias por no haberse acordado la forma en que deberia ejecutarse. ¡Hé aquí cómo las mas veces los corifeos

de un partido se ven abandonados aun de sus mismos partidarios y amigos, y entregados á su propia suerte!

Tal era el triste y fatal estado que guardaba la política interior del pais. El general Santa-Anna, como hemos dicho, se habia dirigido con el ejército de San Luis á la frontera donde se hallaba el general Taylor con tropas, si no muy numerosas, al ménos bastante engreidas con los triunfos que ya hemos tenido el dolor de referir. Veracruz, á consecuencia del cambio de la base de operaciones, se hallaba amagado de una formidable invasion, preparada de antemano en los puertos de Nueva-York y Nueva-Orleans, y que el gabinete de Washington confiò á uno de sus militares mas antiguos y mas experimentados, al mayor general Winfield Scott. El general Santa-Anna escribia pidiendo recursos: los veracruzanos, dispuestos á resistir, demandaban ansiosos tambien auxilios de dinero y de hombres; y el gobierno sin estos recursos, sin crédito para adquirirlos, sin plan ninguno en sus operaciones para prevenir tantos y tan inmediatos peligros, se ocupaba, como hemos visto, de sostener la lucha que habia establecido entre las clases poderosas de la capital, y la parte del pueblo que llamaba democracia. Ya se concibe que los enemigos extranjeros no podian haber escogido oportunidad mas propia para continuar la série no interrumpida de triunfos que preparaban á sus armas nuestras discordias, nuestros desaciertos, ó mejor dicho, ese vértigo que no nos abandonaba ni aun en las horas supremas de la agonía de la patria. No podemos ménos de creer, que tal confusion en el órden administrativo, era una sentencia inevitable de la Providencia Divina, y que el pasage de la Escritura, que menciona la confusion de los altivos y orgullosos pueblos que elevaban la torre de Babel, se repetía en México el año de 1846.

Entre estos intereses opuestos existia un poder regulador. Triste cosa es decirlo; pero este poder regulador era el general D. Joaquin Rangel, el mismo que habia atacado á mano armada en el palacio nacional al primer magistrado de la República. El general Rangel tenia á sus órdenes la Ciudadela, con su artillería y un hermoso batallon de granaderos, que á grandes costos y con inmensos sacrificios se habia levantado, armado y equipado, á pesar de la inopia de las arcas nacionales. Por insignificantes que parezcan un solo batallon de

línea y unas cuantas piezas de artillería, formaban un peso no despreciable en la balanza donde debía valuarse la fuerza física que existía en la capital. Farías temía á Rangel, y procuraba por esta causa halagarlo y complacerlo hasta un grado infinito. Los descontentos desconfiaban de aquel y lo aborrecían; pero deseaban contar con su apoyo y cooperacion. Así, este gefe, que estaba penetrado de la brillante posicion en que lo habia colocado la casualidad, adquirió tal preponderancia, que llegó á persuadirse que seria el árbitro de los destinos de la nacion.

Invariable el gobierno, como hemos asentado, en la idea de destruir á los cuerpos de Guardia Nacional, llamados Polkos, imaginó, ya que de pronto no era posible arrancarles las armas de las manos, hacerlos salir con direccion á Veracruz, y en efecto se les comunicó la órden respectiva. Uno de los primeros que debian marchar era el de Independencia, siguiéndole sucesivamente Bravos, Victoria, Mina é Hidalgo. La conmocion que se esparció en la ciudad, fué grande con esta órden, y todos no veian en esta medida mas que la venganza del partido dominante: todos tambien esperaban ver de un momento á otro abortar la revolucion, que en secreto habia tenido ya algunas combinaciones, y estaba designado el individuo que debia ponerse á la cabeza.

El regimiento de Independencia, que constaba de mas de mil plazas, estaba situado en la Universidad. Era el coronel de este cuerpo, D. Pedro María Anaya; teniente coronel, D. Vicente García Torres, y capitanes, entre otros, el Lic. Castañeda y Nájera, D. José María Lafragua, D. Mariano Otero, D. Joaquin Navarro, y D. José María Revilla y Pedreguera.

La tarde del dia 22 de Febrero de 1847 se comenzó á reunir el cuerpo, y encontraron sus individuos que el cuartel estaba ocupado por una fuerza de la Guardia Nacional que pertenecia á los puros, y que impedia que salieran los que una vez habian entrado, despojándolos de sus armas. Pronto se difundió la noticia de este suceso en la ciudad. Los soldados de Independencia comenzaron á reunirse en el antiguo Coliseo, los nacionales de otros cuerpos acudieron á sus cuarteles, y la ciudad se puso en movimiento. D. Pedro María Anaya tuvo una esplicacion en éstos momentos con D. Valentin

Gomez Farías, y resultó de esto, que todo el regimiento se trasladara de la Universidad hasta el Hospital de Terceros, donde deberia permanecer acuartelado hasta su salida de la capital. Esta traslacion fué un verdadero pronunciamiento. Desde la salida de la Universidad hasta su llegada al Hospital de Terceros, fué el regimiento acompañado de una multitud de gentes, y todos gritando: "Mueran los puros; muera D. Valentin Gomez Farías." La hora final del gobierno habia sonado.

Cosa de las nueve de la noche la fermentacion que habia en el cuartel de Independencia era extraordinaria. García Torres, con un jorongo y un par de pistolas en el cinto, escitaba á los soldados para que de una vez se verificara el pronunciamiento. D. Joaquin Navarro disputaba y proclamaba que era una infamia ejecutar tal cosa. En fin, era una confusion, un vocerío y un desórden difícil de describir. Lo mas original es, que este cuerpo, se puede decir ya sublevado, no contaba ni con una exacta combinacion con los otros, ni tenia ningun parque. Si esa noche el gobierno hubiese obrado con energía y actividad, habrian bastado quinientos hombres y un par de piezas de artillería para sofocar la revolucion; pero D. Valentin, ó de masiado confiado en su popularidad, que él juzgaba inmensa, ó aturdido con la complicacion de tantos sucesos, no dió ningun paso activo, y se limitó á tomar algunas precauciones en el Palacio. Igual cosa puede decirse de los descontentos. Si ellos hubieran meditado y combinado su plan, y procurado asegurarse del Palacio, el triunfo habria sido pronto y seguro.

Durante el discurso de la noche se reunieron algunos nacionales en los cuarteles de Victoria, Mina, Bravos é Hidalgo; apareció D. Matías Peña en una casa del rumbo de San Hipólito; D. Lúcas Balderas, en su cuartel de San Diego; D. Manuel Payno, mayor del batallon de Bravos, en el punto de San Fernando; los mayordomos de los conventos, que eran oficiales del batallon de Zapadores, en el de San Hipólito. Se tomaron algunas alturas, se sorprendió á la guardia de la Acordada; y al toque de diana, el repique á vuelo de las campanas de las iglesias de los rumbos indicados, anuncia que una parte de la Guardia Nacional habia, por fin, inconsiderada é inmaturamente saltado la barrera que prescribia la prudencia y los sa-

grados deberes que exigía la patria, inundada casi por todas partes de enemigos extranjeros. Sea como fuere, el movimiento tuvo la aceptación general en México, porque el gobierno de Farías era ya para muchas personas de todo punto intolerable.

Los agentes de la revolución habían asegurado que tenían de su parte á Rangel, á Noriega, que mandaba el 6.º regimiento de infantería de línea, y á la artillería, y que con estas fuerzas, que contaban como apoyo radical, y con el auxilio de los cuerpos de Guardia Nacional que ellos juzgaban insignificante, la revolución, cuyo único objeto era separar á D. Valentin Gomez Farías del ejecutivo, duraría pocas horas. Engaño vil, con el cual comprometieron á multitud de personas que entraron de la mejor buena fe en este movimiento, y que no se separaron despues por un sentimiento muy natural de pundonor.

Todo el día 27 de Febrero se pasó en preparativos. Los sublevados establecieron su línea, que comenzaba en San Cosme, y terminaba en la Profesa: el gobierno se dispuso á resistir, y formó tambien su línea de defensa, que comenzaba en la Diputación y casas de las Escalerillas, y seguía apoyada en las torres y edificios fuertes hasta Regina y San Pablo, rodeando por las calles del Salto del Agua, para terminar en la Ciudadela, donde Rangel se mantenía indeciso, pero con todos los preparativos necesarios para atacar ó defenderse. Ambos partidos comenzaron á levantar sus trincheras y fortificaciones, y la mitad de la ciudad se preparó para luchar con la otra mitad, mientras el ejército caminaba por remotos desiertos en busca del enemigo, y los veracruzanos esperaban de un momento á otro ver aparecer en el horizonte las velas de las naves enemigas.

La noche del 27 mientras en la cámara se discutía una ley de amnistía para los pronunciados, una avanzada del Palacio se acercó á situar una pieza en la calle de las Escalerillas: el fuego se rompió con los del batallón Victoria, y duró bastante vivo hasta cosa de las diez de la noche.

Veamos las fuerzas beligerantes y su número.—Batallón de Bravos, en San Cosme y San Fernando, 300 hombres.—Batallón de Zapadores, en San Hipólito, 400.—Batallón de artillería de Mina, en San Diego, 500; la mayor parte desarmados.—Batallón de Independencia,

en el Hospital de Terceros, 800 armados.—Batallón Victoria, en la Profesa, 600.—Batallón Hidalgo, en la casa de Iturbide, 500 armados.—Caballería de línea, cosa de 150.—Total, 3,250 hombres, y realmente y con poca diferencia este número compondría el total de lo que llamaban polkos.—Ni una sola pieza de artillería.

Las fuerzas de la parte del gobierno consistían en 1,000 hombres del batallón de Granaderos de línea; 1,000 del batallón Libertad, que mandaba D. Fermin Gomez Farías; cosa de otros 1,000 guardias nacionales de los batallones Artillería de Guerrero, Galeana, Verduzco, Matamoros, &c.; cosa de 300 hombres de caballería de línea, y unas 22 piezas de diversos calibres.

Las cosas, pues, no se presentaban tan sencillas para los polkos como se creyó al principio.

En cuanto al plan del pronunciamiento, se había fraguado con mucha reserva, y al día siguiente de haberse roto los fuegos, circulaba solamente en algunos puntos con tanta economía y misterio, como si se tratara de un secreto. Era un plan absurdo, de multitud de artículos, que destruía la forma de gobierno establecida en Agosto; que no halagaba de ninguna manera la opinión de los Estados, y que solo tendía de una manera directa á garantizar los bienes del clero y á hacer que de nuevo dominaran las ideas monárquicas de la administración del general Paredes. Este plan, lo mismo que la combinación secreta para que el general D. Matías Peña se pusiera á la cabeza del movimiento, se aseguró que era obra de Pedraza, por unas personas; otras aun insisten en que fué abortado en los conciliábulos muy secretos del clero y sus adictos, y que el autor verdadero del plan fué D. José Guadalupe Covarrubias. Lo que nosotros podemos asegurar es, que D. Manuel Gomez Pedraza negó positivamente que el plan fuese suyo, y aun añadió (en una casa de la calle de Santa Clara, donde asistió el día mismo que estalló la revolución) que ese mismo plan se le había presentado por una persona y lo había reprobado; que él había hecho esfuerzos por contener la revolución, pero que una vez que ya las cosas no tenían remedio, debía dársele la mejor dirección posible, reduciendo el plan únicamente á dos puntos: desconocer á D. Valentin Gomez Farías, y negociar en las cámaras la derogación de la ley de manos muertas.